

Fernando Gómez Aguilera

José Saramago.

El pájaro que pía posado en el rinoceronte

(Lecturas saramaguianas)



LA UMBRÍA Y LA SOLANA

 LA UMBRÍA Y LA SOLANA

José Saramago. El pájaro que pía posado en el rinoceronte  
Fernando Gómez Aguilera

Primera edición: febrero de 2022

© Fernando Gómez Aguilera  
© de las ilustraciones de cubierta e interior, Eduardo Montero  
Fernández de Bobadilla

Edición © La Umbría y la Solana, 2022  
c/ Pez Austral, 11  
28007 Madrid

info@laumbriaylasolana.es  
www.laumbriaylasolana.es

Coordinación editorial: Pilar Ramos Vicent, Feliciano Novoa Portela  
Director de la colección de autores portugueses: Antonio Sáez Delgado  
Diseño y composición: Raúl Areces

ISBN: 978-84-124729-2-9  
Depósito legal: M-6222-2022

Impresión: Calprint Digital  
Impreso en España - Printed in Spain

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro (incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet) y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.

*Cuando estuve en África, en una reserva, vi esos preciosos pajaritos amarillos que se posan en el rinoceronte y gorjean como locos para advertir que se acerca el rinoceronte. Pues bien, un buen profesor, un buen crítico, declara: «He aquí lo que importa. ¡Y he aquí por qué! Leed esto. Os lo ruego, leedlo. Id a comprarlo. Conseguidlo» [...].*

*Pero lo que estoy tratando de expresar aquí es mi alegría por ser el pájaro que pía posado en el rinoceronte.*

George Steiner

*Quien busca una relación justa con la piedra, con el árbol, con el río, es necesariamente llevado, por el espíritu de verdad que lo anima, a buscar una relación justa con el hombre. Aquel que ve el asombroso esplendor del mundo es lógicamente llevado a ver el asombroso sufrimiento del mundo. Aquel que ve el fenómeno quiere ver todo el fenómeno. Es solo una cuestión de atención, de secuencia y de rigor.*

*Y es por eso por lo que la poesía es una moral. Y es por eso por lo que el poeta es llevado a buscar la justicia por la propia naturaleza de su poesía. Y la búsqueda de la justicia es desde siempre una coordenada fundamental de toda la obra poética.*

Sophia de Mello Breyner Andresen

*No caigamos en lo del paraíso recobrado, que venimos de una resistencia, que los hombres que venían apretujados en un barco que caminaba dentro de una resistencia, pudieron ver un ramo de fuego que caía en el mar porque sentían la historia de muchos en una sola visión. Son las épocas de salvación y su signo es una fogosa resistencia.*

José Lezama Lima

## Índice

Prólogo

11

Prefacio

17

José Saramago.

El pájaro que pía posado en el rinoceronte

31



Cavar con la pluma.

Palabra comprometida y conciencia de reparación

33



El apocalipsis según Saramago.

Una lectura de *Ensayo sobre la ceguera*

45



La figura del caminante.

A propósito de *Cuadernos de Lanzarote I*

[1993-1995]

59



De todos nosotros.

En torno a *Todos los nombres*

75



La voz metafísica y desestabilizadora  
de José Saramago

89



Una novela blanca y desobediente.

*Ensayo sobre la lucidez*

115



Cuestión de punto de vista.

Lectura de *Las intermitencias de la muerte*

141



Hundir la palabra en la tierra.  
Sobre *Las pequeñas memorias*

159



Salomón, como nuestro viaje.  
De *El viaje del elefante*

173



*Caín.*

Un combate volteriano

185



*La estatua y la piedra.*

El autor ante el reflejo de su obra

203



El testículo suplementario.  
Palabras, historias, conductas activas  
contra la resignación

225



*Claraboya.*

Restauración de los orígenes

233



*Alabardas.*

Un libro inconcluso, una voluntad consistente

277



El diario engullido por el Nobel.  
A propósito de *El cuaderno del año de Nobel*

301

Nota bibliográfica

326

Demasiadas veces los seres humanos son islas, forman parte de un archipiélago común, la humanidad, pero no acaban de levantar los puentes necesarios para la comunicación y así van dejando pasar el tiempo, de soledad en soledad. No tuvo ese problema José Saramago, llegó a la isla de Lanzarote y se encontró a Fernando Gómez Aguilera, es decir, se encontró la posibilidad de la conversación y nunca se sintió solo. Fernando Gómez Aguilera fue, a lo largo de dieciséis años, su interlocutor, la persona en la que el escritor portugués iba depositando su confianza de manera sostenida, con satisfacción, siempre en amistad. Este libro es la demostración de que José Saramago y Fernando Gómez Aguilera nunca fueron islas y también de que la isla de Lanzarote, por la intervención constructiva de ambos, es un continente poblado en la experiencia lectora de muchos hombres y mujeres en el mundo.

Fernando Gómez Aguilera es poeta y eso se nota en sus ensayos. Escribe: «Así sucede cuando la literatura, sin otra pretensión que ser literatura, se convierte en acendrada expresión de vida, en un fulgor destinado a fortalecer la experiencia de la libertad humana y la imaginación creadora, ese catalizador lúcido que tanto ayuda a soñar —y a construir— la realidad deseada». Nunca se queda a las puertas del misterio que es la creación, indaga, trabaja, busca y encuentra. Aborda el arte como un modo de estar

en la vida y como el acontecimiento que la naturaleza venía necesitando. Así, por cuidar arte y naturaleza, Fernando Gómez Aguilera decidió vivir en Lanzarote, donde dirige la Fundación César Manrique. En la isla volcánica sigue leyendo la gran literatura universal, que era su pasión inicial y su estudio, y allí un día descubrió que ser un pájaro que pía posado en el rinoceronte —imagen de George Steiner— es algo muy bello, por eso decidió aplicársela a su amigo José Saramago y, sin dudarlo, se puso a escribir este libro. Entonces comenzó un proceso de recopilación de textos críticos que había publicado sobre el autor portugués en distintos medios, y eso, junto a las notas que guardaba, los recuerdos de conversaciones, los originales que el escritor le entregó y sus personales hallazgos y conclusiones, compuso un todo organizado, este libro, fruta madura para celebrar el centenario del contemporáneo que es José Saramago. Sin embargo, la aportación personal, lúcida y documentada que se presenta sobre la obra de José Saramago nos hace pensar a los lectores que es él, Fernando Gómez Aguilera, quien, posado sobre el rinoceronte, nos avisa y nos dispone para seguir avanzando en el conocimiento. Con emoción, porque el ensayista y crítico no se aísla en un laboratorio, escribe desde la curiosidad y la compasión compartida con el ser humano objeto de su trabajo.

Fernando Gómez Aguilera disecciona libros, sí, pero sobre todo se acerca al escritor, tal y como hizo cuando construyó la exposición *La consistencia de los sueños*, un exhaustivo recorrido por la vida y la obra de José Saramago que pudo verse en Lanzarote, Lisboa, São Paulo y México y ahora leerse en el libro del mismo título, convertido en una obra de referencia para los estudiosos del Nobel. *La consistencia de los sueños* no es una biografía, es la agenda de una vida, en la que el retratado se reconocía, aunque,

decía, con admiración, que nunca hubiera sido capaz de realizar ese trabajo de búsqueda, tan minucioso, que Gómez Aguilera levantó, estableciendo un canon imprescindible para acercarse al autor manantial que es José Saramago. Manantial en los últimos años de su vida, fuente oculta durante años, que Fernando Gómez Aguilera desvela con precisión, demostrando que a veces los silencios son elocuentes si se mira bien y que José Saramago no dejó de decirse nunca, aunque las circunstancias de la vida no le permitieran compartir lo que escribía y pensaba. Que es lo que ahora, en este libro, Gómez Aguilera desvela y ofrece como una dádiva magnífica.

*Un hombre llegado a una isla* es un libro que el autor de los artículos aquí reunidos escribió en 1997, cuando José Saramago iba a ser nombrado hijo adoptivo de Lanzarote. Entonces auguraba que el escritor, ya portugués y lanzaroteño, seguiría creando obras que reflejarían las extrañezas de los seres humanos en sociedades donde la distopía se impone a otros relatos. No sabía Gómez Aguilera por aquel tiempo que años después podría disponer del catálogo de todos los libros que José Saramago fue escribiendo en la isla, de los que él fue dando cuenta entonces puntualmente y sobre los que ahora, además, reflexiona para valorar su impacto y significado. Como corolario de esta obra, al situar en su tiempo el libro de publicación póstuma *Claraboya*, Gómez Aguilera aborda la iniciación literaria de José Saramago y su afianzamiento como ser humano, capítulo imprescindible para entender al autor que apareció en la edad adulta, como si el proceso formativo no hubiera sido tan complejo y fecundo como fue.

De esto trata este libro, que también es una puerta abierta para la comprensión de la grandeza que algunos seres humanos alcanzan. Hablo de José Saramago, también de Fernando

Gómez Aguilera: ambos, posados sobre el rinoceronte, nos avisan de que la belleza es posible y la bondad no es un argumento fantasioso. El rinoceronte avanza, pero estamos avisados. También para esto sirve la literatura. Crucemos la puerta.

Pilar del Río  
Presidenta de la Fundación José Saramago

## PREFACIO

La obra literaria de José Saramago (Azinhaga, 1922-Tías, 2010) goza de aprecio y alcance universal. Sus libros han sido ampliamente traducidos y sus análisis y opiniones públicas, mientras vivió, influyeron hasta convertirse en una referencia transfronteriza. Aquí y allá, la aparición de sus publicaciones despertaba interés, en tanto que las intervenciones del escritor, capaz de conectar con amplios sectores de sensibilidades críticas, movían multitudes, convirtiéndose en un insólito fenómeno de comunicación de masas. Su compromiso, manifestado con infrecuente energía civil, y sus posiciones ideológicas de izquierda, al amparo de una extraordinaria competencia para contar y una voz propia, le confirieron una sólida y, en ocasiones, controvertida dimensión icónica, en términos sociales y culturales, reforzada por su activa presencia en los medios y en foros internacionales.

Autor de éxito tardío, personificó una fecunda carrera literaria que encontró su acento innovador, el inconfundible estilo de Saramago, en 1980 con la publicación de *Levantado del suelo*, la primera de sus grandes novelas después de haber dado a la imprenta *Manual de pintura y caligrafía* (1977). En la peculiaridad estilística que le singulariza confluyeron diversos y robustos ingredientes, entre los que resultan muy perceptibles la deuda con la corriente verbal de la oralidad, el discurso barroco y digresivo —atemperado luego, más directo—, un tono en el que se conjuga una vigorosa

capacidad fabuladora con inquietantes redes metafóricas conectadas con el mundo objetivo y la administración de puntos de vista desacostumbrados. Al carácter específico de su narrativa se agrega, asimismo, el latido poético que desprende su prosa, la voluntad de impugnación y disputa de sentido que despliegan sus planteamientos anclados en la determinación de examinar, cuestionar y evidenciar la realidad y el ser humano, además del empleo de un narrador enjundioso que gobierna el texto y canaliza la identidad del autor. En efecto, el tejido complejo que trenza su ficción de actitud subraya con insistencia el papel preeminente de la persona del escritor, una decisión de raíz ideológica, sobre la que no dejó de llamar la atención, como puede leerse en los *Cuadernos de Lanzarote*, «Diario IV-1996», 9 de agosto (1998, publicado en España en 2001):

Me pregunto si lo que determina al lector a leer no será la esperanza no consciente de descubrir en el interior del libro —más que la historia que le va a ser contada— la persona invisible, pero omnipresente, del autor. Tal y como lo entiendo, la novela es una máscara que esconde y al mismo tiempo revela los trazos del novelista. Probablemente (digo probablemente...), el lector no lee la novela, lee al novelista.

Con *El Evangelio según Jesucristo* (1991) cerró un ciclo musculoso, en el contexto de una producción variada, en la que, junto a la novela, concurrían géneros y registros heterogéneos, desde la poesía al cuento, pasando por la traducción, el teatro, ensayos sueltos, la literatura de viaje y la crónica periodística. Más tarde, se añadiría el memorialismo, dibujando el perfil de un escritor de amplio espectro. *El Evangelio* lo situó en la antesala de un giro sustantivo. El polémico relato centrado en figura de Jesús no solo pro-

vocó que, tras la censura del gobierno, Saramago decidiera abandonar Portugal y trasladara su residencia a Lanzarote en el segundo semestre de 1992 —hasta febrero de 1993 no comenzó a habitar A Casa, su nueva vivienda en la isla, junto a Pilar del Río—, sino que, a partir de este título, el escenario de indagación e imaginación literaria fue modificado, al tiempo que su estilo terminaría por evolucionar a fórmulas progresivas de despojamiento y esencialización en busca de un impacto comunicativo más inmediato.

En la entrada del 11 de abril correspondiente al «Diario V-1997» de los *Cuadernos de Lanzarote* (1998, 2001 en España) se da cuenta de la participación en un encuentro celebrado en Porto Alegre. Como había ocurrido y ocurriría en otros momentos, Saramago reconocía allí el desplazamiento de sus intereses:

Quando me tocó el turno, aproveché la ocasión —todavía en el rescoldo del *Ensayo sobre la ceguera* y ahora de lleno con *Todos los nombres*— para intentar aclarar las razones profundas del repentino corte de lazos que, como novelista, parecían ligarme siempre a las historias de la historia, desde *Levantado del suelo* o, más exactamente, desde *Memorial del convento*, con la excepción del ahistórico episodio de *La balsa de piedra*, que se metió por medio.

Las reflexiones encauzadas en su ensayo *La estatua y la piedra* (1999) —también conocido como *De la estatua a la piedra*— detallan esa mudanza, caracterizada por interrogarse sobre la naturaleza y las espinosas circunstancias del ser humano contemporáneo.

Hasta *El Evangelio* Saramago —que había comenzado a dedicarse en exclusiva a la literatura apenas dieciséis años antes, en 1975, para impulsar una carrera fulgurante desde